

# Las piedras no tienen la culpa

por Antxon OBESO

Cuento que obtuvo el primer premio entre los presentados al certamen literario que, organizado por la S. D. C. «EREINTZA», que se celebró durante las fiestas patronales de 1963.

*"El que de vosotros esté sin pecado, arroje sobre ella la primera piedra"*.

*Y ellos arrojaron sobre ella las piedras...*

Llovía desesperadamente, y las olas, cada vez más violentas, revolcándose salvajes sobre la playa, avanzando casi hasta los árboles que iban convirtiéndose en fantasmas a medida que la oscuridad ocupaba el espacio, hasta que una gigantesca flecha de luz lo rasgó por completo, en todo, seguido de un retumbar de cien mil tímboles.

Más allá de los árboles, los campos; y después, el pueblo; y en éste, llegando el autobús a la plaza. Paró tres minutos, y desalojado de la gente que, corriendo desapareció en los portales y en las tascas, salió, de nuevo, hacia la ciudad; y de nuevo la plaza quedó vacía, sólo el redoblar de la lluvia sobre los adoquines.

Dos minutos más tarde, uno de los cuatro que habían venido también en el autobús, invitando a beber, dijo:

—¿Sabéis qué es Marta? ¿Sabéis de dónde vino...?

Y antes de contestarse a sí mismo, ante la mirada ávida de los que le rodeaban a él y a sus compañeros que ya sabían, llevó el vaso a sus labios paladeando de antemano el placer que le proporcionaba la impresión que iba a causar.

Después, a nadie se le ocurrió preguntar de dónde sacó tal información, impresionados, como quedaron. Además, él no lo hubiera dicho a todos, sino sólo a los que, como él, frecuentaban, cuando iban a la ciudad, tales establecimientos.

Fuera, la lluvia, lanzándose violenta en la oscuridad, solamente visible unos segundos cuando un rayo iluminaba el espacio. Las olas, en la playa, sucediéndose con más furor por llegarse hasta los árboles, o quizá, hasta el mismo pueblo.

Durante la noche mucha gente no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente comenzaron las mujeres negándole el saludo, formando a su paso corrillos, cuchicheando, mirándola por detrás. Los hombres la miraban por delante, de pies a cabeza, insistentes, con maliciosa sonrisa en su descaro.

—En el pueblo lo saben —le dijo Marta.

—No, mujer, no. ¿De qué van a saberlo? —trató Daniel de tranquilizarla.

A los pocos días, Daniel dejó de frecuentar las tabernas, pues todo, empezaron sus amigos, eran insinuaciones.

La llovizna caía insistente sobre el ataúd llevado por cuatro hombres, sobre Daniel y la gente, que tras él, subían la empinada cuesta hacia el cementerio, estrecha, entre casas, a cuyas ventanas asomaban rostros acusadores; acompañados del rastrear de ciento ochenta y seis pies cansados, levantándose, pesados, del húmedo pavimento, como agobiados por el peso de la densa bruma. Daniel, con la

vista en el suelo, pensaba en su madre: estaba sucediendo todo tan distinto a como, en principio, habían imaginado. También había cambiado, como el pueblo, ella; se encerró en sí misma, desapareció la sonrisa de su boca, y sus ojos, a menudo, se fijaban fuera del espacio, encorvando su menudo cuerpo como si deseara que la tierra la acogiera.

Luego, cuando en lo alto del monte encontró su reposo, Daniel, después de darle su último adiós, pasó entre los hombres y mujeres que le acompañaron hasta el cementerio, que le miraban, insistentes en su insolencia, como diciéndole: "Tú has sido, tú".

Hacía tiempo ya que nadie se preguntaba de dónde se supo lo de su mujer, la cuestión es que era verdad, eso es lo que valía.

Cuando llegó a casa, la noche lo había cubierto todo, encontró la puerta forzada, dos hombres que huyeron, y a su mujer tirada en el suelo con los vestidos rasgados y sangrando por la boca.

—¡No han podido! ¡No han podido! —gimiendo, como en triunfo a su desesperado esfuerzo, en su humillación.

Aquella noche fría, Daniel corrió desesperado por los adoquines de las estrechas callejuelas, de taberna en taberna, buscando, con un cuchillo en la mano, a dos hombres que no sabía quiénes podían ser. Haciendo huir a todos a sus casas, siendo observado desde detrás de las ventanas, hasta quedar solo, como un perro enfermo, por las calles. Hasta llegar a la plaza y gritar, en su desesperación, en el silencio terrible de aquella noche:

—Oídmelos todos. Oídmelos todos. Al primero que la toque, le mataré, le mataré. Juro que le mataré.

—No puedo dar trabajo a un loco. Tengo que mirar por la seguridad de mis trabajadores.

Daniel miró a aquel hombre grueso que también le miraba, desde aquella cara roja, colocado delante de los demás, como apoyado en ellos, que también le miraban, como imbeciles. Después los vio dirigirse al trabajo, al campo, como si fueran distintos, porque ellos iban a la ciudad y no traían a las mujeres. Algunos, porque en el pueblo tenían ya la suya; otros, porque preferían casarse con las del pueblo, y otros, porque no querían a aquéllas para esposas. Sin embargo, él había tenido la osadía, no de enamorarse de una de ellas, sino de haberla traído al pueblo.

Aquella noche, después de no haber podido conseguir trabajo alguno, la dueña de la casa les despidió, alegando que ella había dejado el piso en alquiler a su "pobre madre", como ahora la llamaba, y no a ellos, mirando, al decirlo, con desprecio a Marta.

Callados, con dos viejas maletas, salieron del pueblo ante la mirada indiferente de algu-

nos, y las furtivas de los que fueron sus amigos, detrás de las cortinas. Lo único que sabía era que no podrían ir muy lejos, pues hasta el día siguiente no tenían el único autobús que venía al pueblo y les podría llevar a algún sitio.

—Yo te he traído la desgracia.

—No fuiste tú quien vino, fui yo quien fue a por ti, y... —dijo con cierta ironía— creí que te iba a favorecer...

La carretera solitaria. La última casa del pueblo a cierta distancia.

En la oscuridad, como si miles de ojos les observaran desde lo alto.

—Tú estabas unido a ellos y yo te he separado. Creo que es mejor que te dejes. Quedándote solo, todo volverá a ser como antes.

—No, no lo será ya; falta madre.

Más tarde, dijo:

—Pero es mejor que tú vuelvas donde estabas. Aquello no es lo peor del mundo.

Daniel arrastraba su carro de ruedas de madera portando dos grandes cestos llenos de patatas, sudando bajo su viejo y sucio sombrero de paja.

Después de venderlo a uno de los que transportaban los cultivos a la ciudad, miró a su alrededor y vio cómo la gente le observaba. Se dirigió a un establecimiento, compró pan, semillas, harina y dos botijos. Después, cuando volvía a la casa que habitaban, cerca de la playa, en la ladera del monte, a cuatro kilómetros del pueblo, desde que les despacharan del piso, observó cómo seis o siete individuos, que parecían haber estado sentados, se marchaban lentamente al observar que él llegaba. La casa, más bien una casuca, estaba medio derruida, abandonada, cuando fueron a habitarla en un intento, como un impulso instintivo, de demostrar a todos que lo de ellos no era distinto a lo de los demás. Día tras día, aquellos individuos iban cerrando su cerco a la casa. Se sentaban, inmóviles, observando a Marta durante horas. Y al día siguiente, unos metros más adelante. Hasta que, por temor, un día, Marta también acompañó a Daniel al pueblo a vender, a los del camión que transportaban a la ciudad, las patatas que cultivaban en los campos arenosos que rodeaban a su casa. Cuando volvieron, encontraron la casa apedreada y los cultivos destruidos.

Se hallaba sola, en mitad de la plaza, con el carro cargado esperando la llegada del camión. Los adoquines ardían bajo la presión del sol. Pero no se atrevía a moverse, a buscar una sombra, pues desde que llegó, era observada, en absoluto silencio, desde las ventanas y desde las puertas de las tascas. Cuando por fin, cansada ya, viendo que por algún motivo no llegaría el camión, comenzó a

arrastrar el carro por entre las callejuelas. Abandonando las mujeres las ventanas, salieron de sus casas a su paso, insultándole primero, para, por fin, lanzarla piedras, ante la risa de los hombres que miraban. Marta abandonó el carro, echando a correr.

El carro estaba a la salida del pueblo, en mitad del camino, completamente destrozado. Daniel lo contempló entristecido, en la noche débilmente iluminada por la luna. Lentamente, llegó a la solitaria plaza y, decidido, entró en una de las tascas. Todos, ante su presencia, como si fuera un fantasma, quedaron silenciosos. Les miró, dibujando en su rostro una sonrisa humilde, tímida.

—Amigos. Todos érais mis amigos. ¿Por qué esto? ¿Por qué?

Estaba en el centro.

—Yo trabajaba contigo, Gregorio, y contigo, Miguel, y contigo, Marcos. Juntos... ¿No podemos volver otra vez...? Volver, aquí, en esta misma mesa, a jugar la partida...

Le seguían mirando quietos, silenciosos.

—Os invito, sí, os invito. Pago yo. Anda, Pedro, saca una ronda para todos. Yo pago, yo pago.

Pedro, tras el mostrador, mantenía la botella en alto, indeciso.

—Soy vuestro amigo, el de siempre. No he cambiado nada. Desde pequeño he estado con vosotros. Nací aquí, en el pueblo, como vosotros. He jugado con vosotros, en la plaza, en el río, cogiendo cangrejos. Todo puede volver a ser como antes, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Les miró, después, en silencio, quietos, mirándole a él impasibles. Fue retrocediendo, lentamente, hacia la puerta. Se dio la vuelta, parando, dándoles la espalda, como esperando que una voz le llamara. Después, con los ojos llenos de lágrimas, salió, abandonó el pueblo, pasando junto al destruido carro, arrastrándose con sus cansados pies.

El mar, cerca de la playa, elevándose incansable en pequeñas ondulaciones como súplica al cielo para, después, incapaces de poder subir más, caerse en blanca espuma, extendiéndose hacia adelante sobre la playa, cubriéndola lo más posible. Para después retirarse, dejando, tras sí, las arenas limpias purificadas. Entonando, a la vez, una oración humilde en su murmullo. Marta y el pequeño Tomás la oían sentados a la puerta de casa, mientras arreglaban una de las redes que Daniel utilizaba para la pesca. Observados, a una prudencial distancia, por cuatro individuos.

Creyeron que aquel acontecimiento, el nacimiento de Tomás, el hijo esperado, cambiaría las cosas, pero lo único que varió fueron los individuos, que, a veces, desde lejos, durante las ausencias de Daniel, sí iba al pueblo o salía en la barca de pesca, siempre eran ya los mismos. Quedaban quietos, sentados con las piernas cruzadas, mirando como bestias, abrigados cuando hacía frío y sudando cuando el sol apretaba. A cualquier hora, en cualquier momento, surgían silenciosos, estaban silenciosos y desaparecían silenciosos. Solamente mantenía una estaca al alcance de su mano para, si llegara el caso, asustarles. Pero no era necesario. Bastaba la presencia de Daniel para que aquellos tarados, idiotas e inútiles, incapaces del menor trabajo, desaparecieran. El viejo sordo y mudo, aislado en su mundo carente de vida como un páramo. El idiota, con su boca babeante y sus brazos bailándole constantemente. El trastornado mental, producto de una sífilis en período avanzado, de edad indefinida pero de cuerpo arruinado. El manco, el único casi consciente de sus actos, gandul y borracho.

El muchacho llegó inquieto de la escuela, hacía dos años que comenzó.

—Madre, ¿qué es una zorra?

—Una zorra es un animal.

—Ya sé, pero, ¿por qué a una persona le llaman zorra?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nada, nada. Los chicos... en casa les han dicho que...

Y ya no fue más a la escuela, ni tan siquiera al pueblo.

—La mar empieza a revolverse. Voy a sujetar la barca —había dicho

Después, Tomás, bajando la ladera corriendo.

—Madre —chilló— padre se ha caído al agua.

Corrieron hasta llegar a la orilla, pero bastante antes pudieron ver la barca saltando sobre las cumbres de las enfurecidas olas para después desaparecer, y a Daniel tratando de sujetarse.

—¡No, Tomás, no —chilló la madre—, no vayas! ¡No puedes!

Desapareció a la segunda ola, saliendo, más atrás, en la cuarta o quinta.

—¡No puedes, no puedes, ven, ven, ven!

Perdió las sandalias en la arena y cuando llegó corriendo al pueblo los pies le sangraban.

—¡Socorro, socorro... Daniel... Tomás... se han caído...!

Repetiendo. Rasgando su garganta.

Las mujeres asomaban a las ventanas. Los hombres salían, lentos, de las tabernas, algunos con los vasos en las manos.

—¡Se han caído al mar, se han caído... por favor... vengan...!

Corría por las calles, dejando las huellas rojas de sus pisadas, mientras las ventanas se abrían dando paso a rostros imbéciles.

—¡Por favor... por favor...!

Y todos permanecían quietos viéndola correr por las calles, hasta que ya, inútil, su garganta no podía más que emitir un ronco gemido, salió. En su carrera fue alcanzada por los hombres y mujeres que también corrían a la playa. Y antes de llegar vieron que sola la barca danzaba.

—¡Suéltenme! ¡Déjenme! ¡Por favor! —ataba de emitir con su rota garganta.

—Es inútil. Es una tontería que se tire. Hasta que perdió el conocimiento.

Se retiraron todos, y a ella, hasta fuera de la arena, bajo los árboles, donde quedaron silenciosos mirando al mar. Al anochecer todos continuaban allí menos las mujeres, que volvieron lentamente, en silencio, a sus casas.

Estaban todos despiertos y mirando al mar, aunque no veían nada, cuando el rugido fue cediendo hasta desaparecer y convertirse en pequeños murmullos que se sucedían rítmicamente, también miraban allí, junto a la orilla, pero seguían sin ver nada. Hasta que oyeron un grito, como si la tierra se desgarrara con más violencia que hasta entonces el rugir del mar, y a la mujer corriendo a la orilla. Entonces supieron que algo había ya allí, pero tuvieron que esperar hasta que los primeros rayos del sol superasen las montañas, tras ellos, para ver, sobre la playa, dos cuerpos inertes, desnudos, y a la mujer abrazando a uno de ellos y la derecha extendida hacia el otro. Ellos mirando como imbéciles, quietos, silenciosos, como cipreses en un cementerio. Hasta que la mujer se levantó mirándoles, a distancia, ella casi donde la arena se convertía en mar, ellos donde la arena se convertía en hierba, la bruma de la noche desapareciendo,

cediendo el espacio a la luz, después, con voz como si surgiera de un fondo, chillar, desgarrándose a la vez sus vestidos.

—Está bien. Soy vuestra. Que venga el primero, aquí mismo, aquí... Que venga...

Después sólo, otra vez, el pequeño murmullo de las olas, suaves, lamiendo la arena. Los hombres quietos, mirándola como a algo extraño. Y por fin, otra vez, como un rugido del mar por su garganta, para caer en un sollozo arañando la arena. Primero unos, después otros, poco a poco, solos, iban abandonando el lugar hacia sus casas. Solamente cuatro quedaron agazapados bajo los árboles, como reptiles, distanciados unos de otros, ignorándose, resguardados del sol ardiente que fue secando los cadáveres y quemando las arenas y la espalda, bajo el vestido azul descolorido, de la mujer inconsciente. Solamente el zumbido, alguna vez, de algún moscardón y el murmullo de las pequeñas olas, bajando cada vez más, dejando tras sí, surgiendo, la mojada arena que prontamente quedaba seca. Y los tres, bajo el sol, después, en medio de la franja blanca de arena, cada vez más ancha entre el mar y los árboles. Luego, de nuevo, las pequeñas olas queriendo llegar hacia ellos, lentamente, hasta casi lamerles los pies. Y el sol, radiante, escurriéndose hacia el mar, después de triunfal gira. Poco a poco la brisa poniendo en movimiento las hojas de los árboles y la hierba.

La mujer movió un brazo. Los reptiles, estiraron sus cuellos, instintivamente, mirando con sus desorbitados ojos.

El sol, desapareciendo en el mar, como hundiéndose, sin meter ruido alguno, una enorme bola de fuego en el gran océano.

La mujer, recuperándose, comenzaba a moverse. Las bestias, abandonando lentamente su escondrijo. Lo primero que vio fue los pies, después los brazos, uno falto, y dos en difícil postura, conduciendo a un rostro estirado, blando, humedecido por la baba hasta el cuello; unos ojos clavados en una estirada piel amarillenta que la miraban como tratando de recordar qué mujer le arruinó la vida; una cabeza que ni oía ni podía hablar, sólo rugir, y el brillo de sus ojos viejos, de frustrados deseos de una vida perdida en el olvido de todos y en el alcohol.

—¡No! —gritó desesperadamente la mujer en un sonido ronco.

La única mano del gandul, incapaz de nada, más que de llevar un vaso a sus labios, le tapó la boca. Y la abrasada espalda restregada con violencia contra la arena.

Más tarde, las tinieblas empaparon el espacio. Cuatro bestias, diseminados, solitarios, se dirigían al pueblo; primero, el manco; del bolsillo del viejo sordomudo colgaba un trapo azul, descolorido; el último, el idiota. Tras ellos, tres cuerpos inertes, desnudos sobre la arena y las olas acercándose como lenguas.

Cuando los primeros rayos de luz rasgaron las tinieblas, la playa se hallaba limpia, purificada por las dulces espumas que acariciaban la arena, después de haberse elevado suplicantes al cielo en su sublime oración de su humilde murmullo. Más allá de la blanca arena, los árboles solitarios, y más allá... el pueblo.

## ERRENDERIARRA

Karidadeko Tombolari lagunduaz, oartu zaitetz batez ere, aren irabazi guztiak Errenderiko beartsuen alde zuzenduta dauzkala erriko Caritas taldeak.

Eun da berrogei ta geiago famili beartsu, aren irabaziarekin babestuak daude.

On egin ezazu, eta gaiñeruntz, sari polit eta ikusgarriak izango dituzu . . . zoria lagun.